

Año 2 – N.º 13 – mayo 2020

Revista literaria

Amauta *

-
- Se conoce con el título de amautas (del quechua: amawt'a; 'maestro', 'sabio') a aquellas personas que se dedicaban a la educación formal de los hijos de los nobles y del Inca. Las clases nobles y reales del Imperio inca fueron educados formalmente por los Amautas (hombres sabios).

Para publicar en la revista, comunicate con nosotros por mail a revista@misescritos.com.ar

No publicaremos textos de carácter político, político social, partidista, religioso y mucho menos pornografía. Tener en cuenta antes de enviar textos.

 **Ediciones**
MIS ESCRITOS

Enviar las obras CORREGIDAS

Esta revista llega a 30 países del mundo

- Alemania
- Argentina
- Australia
- Brasil
- Cabo Verde
- Canadá
- Chile
- Colombia
- Costa Rica
- Cuba
- Estados Unidos
- Ecuador
- El Salvador
- España
- Francia
- Guatemala
- Honduras
- Inglaterra
- Israel
- Italia
- México
- Paraguay
- Perú
- Portugal
- Puerto Rico
- República Dominicana
- Rusia
- Suecia
- Uruguay
- Venezuela

POESÍAS

Sánchez Lirango, Enrique Antonio

Santo Domingo – Rep. Dominicana

fundacionfedelist@yahoo.es

La vejez

Nuestra juventud es una cámara nupcial,
llena de luces, de perfumes y flores,
en ella esperamos la visita de la vida.

Y ella llega y la desfloramos con frenesí,
la gozamos con violencias,
ajamos todas sus flores,
apuramos todos sus encantos,
agotamos sus besos.

Nos embriagamos de sus caricias,
la coronamos con todas las rosas
de la lujuria y la ilusión.

La envilecemos y nos envilecemos
a nosotros mismos, con ella...
Nos dormimos sobre sus senos
martirizados por nuestras manos.

Sí... Y despertamos hastiados de ella,
sobre los restos del festín encantador,
preguntando con fastidio, ¿cuándo se irá?...

Nuestra vejez
es una cámara de enfermo ataviado para recibir
en ella la visita de la muerte.
No hay música, no hay amor, no hay flores,
no hay perfumes.
Grandes silencios que vienen de los jardines
cercanos de ultratumba.

Y preparado para esa cita con la última querida;
aquella que no falta nunca,
nos impacientamos diciendo: ¡Cuánto tarda!...
¿Por qué no viene?
Alguien llega;
es ella,
la engullimos de un sorbo

y caemos en sus brazos.

Las sentimos, pero no podemos verla,
sus besos nos hacen ciegos y sordos
para siempre.

Bendita edad ésta en que sentado en lo alto
de la colina que divide y domina las dos vertientes
de la vida, vemos debajo de la ya perdida en el límite
de muchas lejanías; los soles de medio siglo
ya extinguidos y acumulados sobre ella,
le hacen una germinación astral
que esplende en la soledad.

¡Qué bueno es hablar de la muerte!...
¡Qué bueno!... Cuando las flores
de los jardines de la vida
se han marchitados.

Cuando llora la noche

Del atenuado lis macilento
de donde brotan lloviznas
de tristeza cuan el vuelo
del aire que se esparce.

Han de llorar como la lluvia
cual vigorosa ausencia de refugio
el candil amoroso del recuerdo
como espigas sueltas que mueren en el otoño.

Donde late taciturno tu amor bello
sintiendo el palpitar de mis pasiones,
donde florecen las rosas y Albo Liz.
Sus cálices eternos cuan de las noches
el apretar tus labios con mis besos.

Donde suelo ver destellos de amor nuevo
en el cálido homenaje de los sueños,
en el cálido homenaje del recuerdo,
el que me ofrece tu mi amor tan bello
en el hermoso amanecer de mis recuerdos.

El beso que yo te di

Alto se ve en lontananza,
los besos que yo te di,
y sin embargo no hay cupo
en ti para mi vivir.

¿Por qué siempre te recuerdo
si tú no piensas en mí?
¿Por qué te quise y te quiero,
y tú no me quieres a mí?
Los besos que yo te di
cayeron en un vacío,

Los besos que tú me diste,
aún los llevo conmigo.
Tanto te quise y te quiero,
que aún te recuerdo todavía.

Tú te casaste con otro
y fue para mi pesar;
para un pesar infortuito,

que llevo dentro de mí.
Tú no me quisiste tanto,
como yo te quise a ti.



Gorosito Pérez, Washington Daniel

Irapuato – Guanajuato – México

w.daniel.gorosito@gmail.com

El último silencio

Islas de luz,
sombras palpitantes,
cuál réplica de un sismo.
El viento lleva secretos,
una parábola en fuga
entre nubes lapislázuli
vuela el polvo de la nostalgia
con sus alas rasgadas por el tiempo.

Vaga solitaria.
En la tierra no se puede estar.
No quedan dioses,
sólo ruinas.
Calla el hombre,
lo rodea una nítida imagen de desolación.
El último silencio.

Bazán, Ana

Maipú (Mendoza) – Argentina
enc.adele@gmail.com

Sin título

¡Sí parece haber sido ayer
que comenzó mi sueño de vida!
¿Cuándo me di por vencida? Aún no lo sé.
¿Por qué no reivindicarme, erguirme orgullosa?
¿Acaso no logré madurez?
¡Si mi discernimiento hubiera juzgado,
si mi juicio hubiera discernido!
Hoy, que los sentidos
ocupan su lugar correspondiente,
que el sol abrió mis ojos
a la cristalina cordura.
Yazgo tristemente ante tu tumba,
sin poder escucharte nuevamente.
Mi congoja, se advierte en río de gemidos
y rechinar de corales preguntándome:
¿Qué faltó en tus frases,
o adoleció en mí entender?
Haciendo a un lado tus latidos,
aceleraba mi padecer.
¿La niñez fue demasiado fugaz
o continuó el sueño, sin acometer?

Seca tus lágrimas

Niña, seca tus lágrimas.
Deja, de sufrir silencio.
Viste ahora de púrpura.

¡Abre a mí, tus pétalos!
Tu aroma embriaga,
cálida, rosa fragante.
Sal victoriosa a tu jardín
o tal vez a tu ventana
con el dedo en alto,
haz la señal denodada
de vencedora a la vida.
Sí, por ahí se rumoreaba.
Pero, cántale al destino,
enciende la granizada
que aterriza de soslayo
mojando, en salpicada.
Meciéndote muy suave
al son del amor primero
chica, concierta la letra
para que sea postrero,
una canción de cuna.
Dile a la música, luego.
Ahora necesitas del beso
que lisonjea alguien nuevo.
Simplemente, es época.
Prepara tu alma y cuerpo.
Haz de esto una promesa
a quien no dejara de amarte.
Canta, una canción de amor,
hoy, mañana y siempre.
Esta vibrante pasión,
no trinará para nadie.
Vuelve de su mano, terrón.
Para volar con el aire,
la música
y tu donaire.



Cristina Pereda

Cdad A. de Buenos Aires – Argentina

amecrys@hotmail.com

Cuarentena

La ansiedad
acaricia los muros,
camino sobre
la incertidumbre

de un quizás.
En el perchero
colgué los sueños
hasta nuevo aviso,
me autoengaño
cambio de personaje.
El encierro
perturba las ideas
desgasta las palabras,
potencializa el delirio
las fantasías hechizan.



Díaz Ramírez, Rosario Isabel

Lima – Perú
saintgermainpoesia@yahoo.com

Soneto a la prosa

En la mañana viste ágil directa
sin repetición, ritmo dolorosa
escrito otoños de hojas, frágil rosa
la rosa en pétalos sin indirecta.

Los cantos sin métrica va directa
baila oh lagartija en libro olerosa
sus escritos leo en cuentos de Rosa
despierta al vecindario muy directa.

Lloraré en novelas solemnidad
leeré lo escrito sin rima en sol,
contaré sus cuentos de eternidad.

Quedará en letra amor en vanidad
como los rayos de fuego entre el sol
pluma prosa de oratio en dignidad.

Alina

Sol ante la pileta
caen las gotas de agua cristalina
bello sonido es mágico
es bajo el árbol, silencio, pileta
sol, amor puro, oh Alina,
oh letras y más letras, es sol mágico.

HAIKU 1

Agua sin fuego
Palabras sin sol vida
luz, sopla el viento.

HAIKU 2

Agua va luna
noche sin eco blanco
sin mariposa.

HAIKU 3

Agua en la tierra
verano en flor y sol
luz mariposa.

Pandemia

Cuarentena
ante mis ojos
te busco
coronavirus entre el polvo
te limpio con jabón y detergente
no respiro
no te veo, no te encuentro
pero tu estás ahí,
por eso no me descuido
me encierro, no salgo
escribo, limpio todo el día
me desinfecto
vigilo, todo lo que toco
aún así, escucho que hay más muertos
salen en camillas como astronaves cerrados
Llegó la pandemia
Llegó la locura
Llegó en un estornudo
la muerte, llegó,
la enfermedad a la vida
Pandemia, lloraré, llorarás, sino te cuidas.



Valentín Farfán

Lanús – Buenos Aires – Argentina

valentinfarfan82@gmail.com

14 de febrero

Pon en mi boca tu sonrisa
Y bésame el alma
Pon tu mano en mi rostro
Y acaríciame sin prisa.
Quiero ser el protagonista de tu mirada
Y que te sientas enamorada
Enamorada de mí
De mis enojos
De mi dulzura
De mi forma extraña de amarte
Pero única
Pon tu mal genio en mi desvelo
Y terminemos comiéndonos a besos
Quiero hacerte feliz,
te lo digo así.
Hoy es 14 de febrero,
feliz día de San Valentín.
Pon tus sueños en mi almohada
y sueña conmigo,
mi gran amor, mi dulce amada.

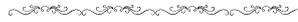
Tejiendo versos

En tu encanto me quiero sumergir,
embriagarme con el aroma de tu piel,
saciar mi ser con tu sed de mujer.
Pienso en ti desde que te vi.

Quiero navegar en el mar de tu voz
y que la marea me acerque a tu amor,
regalarte el sol, también mi corazón.
Si no me lo dices tú, te lo diré yo.

Leyendo mi poesía sabrás lo que siento,
te espero en este momento.
Te espero allí donde las palabras conversan,
donde se tejen los versos, que escribo para ti.

Quiero despeinarte a besos, hacerlo despacio.
Confieso que estás en mi pensamiento,
por donde yo vaya te veo, besar tu cuerpo deseo.
Tienes ese algo que me gusta tanto.



Manuela Cesaratto

Bell Ville – Córdoba – Argentina
manu_cesaratto@hotmail.es

Fruto

Junto a la verde pradera,
sonríen libres,
elevan al cielo,
el regocijo de lo que vendrá.
En su vientre un niño,
fruto natural,
conlleva en su esencia,
la naturaleza misma,
el sol que ilumina.
Risas que nacen,
en la felicidad de ser libres,
por lo que les depara,
la vida misma,
en una tierra fértil,
sin prejuicios,
nacerá la libertad.

Distante

Y se apagaran las luces,
Y se cubrirá de hastío,
Y se ensombrecerá la noche,
En la soledad del mundo.

Desierto que cruzas los mares,
Incógnita humana,
Que me desvelas,
Volverás con migo,
Para no irte más.



Ana Romano

Cdad Autónoma de Buenos Aires – Argentina
anaromanopoesia@gmail.com

Imán

Es desde la cima
que divisa
en su imponente
el bastión
Abajo
cascada
sigue
Decidida
¿proyecta?
Se rozan
los opuestos
coquetean
La sensualidad
deambula
Frenéticos
los frutos.

Fulgor

Revueltos
en la espuma
en la arena
Revueltos
en la noche
en el cielo
Las sombras
danzan
ruedan
y se agitan
Extendidas
y se tocan
Mascullan cuerpos
y se invaden
Pensativa
la luna
espía
y con recelo.

Esbozo

Sobre la mesa
de un bar
apoyada
una taza blanca
de café
El aroma
acaricia la mirada
ausente
Las manos
aferran la ilusión.

Despertar

Aletargada
por la piedad
y en un hoyo
ridículo

y eso
aunque
el camino
prosigue.

Demencia

Alarido
que amputa
el secreto
Y en la tersura
llaga
¿Qué otra cosa que el semblante
la mueca
agrieta?
El murmullo
acrecienta
las pulsaciones
¿Y quién
-confisca-
los espasmos?
La sábana
invisibiliza
el bisturí.



Batista Osorio, Ariel G.

Holguín – Cuba

cadmiel48@nauta.cu

Madre eterna

Madre,
a semejanza de Dios,
su amor reflejas con gozo.
Porque eres puerta a la vida
y el fruto de tu vientre
incansablemente cuidas
desafiándolo todo.
Muchas veces eres joven,
otras ya madura,
mas en tus labios
siempre aflora la sonrisa
de haber cumplido con la vida.
Cuando la bruma en el vivir
envuelve nuestro ser
tu estás presente,
y si acaso hemos de caer
tu corazón también el golpe siente.
Aun llevando el desprecio,
desamor, y rechazo, de quien
su primer morada
fue tu regazo;
sufriendo, porque muy dentro lo sientes
como aguijón clavado en tu alma,
amas y no hieres.
Si ocurre el infortunio
de haber partido al infinito,
nuestro dolor es tan profundo
que nada lo quita,
y daríamos lo que nos pidan
por volver a tenerte,
besarte, mimarte,
acariciar tu cabellera
a veces adornada de blanco,
escuchar de tus labios
lo que otra decir no puede.
Para la madre amada
que hoy ofrece su mimo
al hijo querido
es dedicada una flor roja,
símbolo de cuanto significa

en la vida.
Pero, si quieren saber
por qué mi pecho
en ese día tan grande,
en homenaje a ella
llevó una rosa blanca,
podré decir entre lágrimas
que es dedicada a aquella bella mujer
que aunque conmigo ya no está,
amo tanto.



CUENTOS

Soler, Sandra Marisol

Balcarce – Argentina

sandramariasol@hotmail.com

Huérfana

El llamado de madrugada la desacomodó. Escuchó el aviso y salió a la calle, tomó el primer taxi y llegó en pocos minutos al departamento. Allí su madre y los paramédicos rodeaban la cama. Él estaba semidesnudo, como atontado, mirada perdida. Corrió a incorporarlo, y la orina salió sin cuidado mojando con su calidez la cama y sus piernas.

El padre se dio cuenta y en el último vestigio de lucidez se avergonzó y la retiró de un empujón. La enfermera también la quitó de su vista.

María solo quería ayudarlo, no sentía asco ni aprensión. Ese hombre era su padre, su gran amor de siempre, su oso gigante; disminuido en pleno ataque cerebral.

Buscó la ropa, los carnets, las chinelas de cuero que ese día del padre había regalado y lo vistió. Sabía que él no la distinguía de nadie en esa pieza. Con el médico, la madre y los enfermeros eran siete personas trasladándose simultáneamente por el pasillo, la escalera hasta llegar a la ambulancia. En la silla de ruedas lo sostenía de la mano, lo miraba fijo a los ojos.

-Háblele, dígame cosas, converse con él, trate que le conteste- ordenaba el enfermero adelante

La sirena sonaba y recordó las películas de guerra donde el aviso de bombas salía por los parlantes. Ese ruido se encarnó en su frente y vibró en su cuerpo como una caja acústica perfecta.

Llegaron pronto. La misma celeridad para la Guardia, los sueros, los inyectables, colocar ese gran hombre en la cama, desnudarlo, vuelta a controles y máquinas colocadas.

María solo escuchaba sobre todo, el llanto de su madre. No quitaba los ojos de esos ojos perdidos que ya no miraban. Vacíos, abiertamente vacíos. Algo inteligible salió de sus labios, acercó la oreja y nada...no pudo descifrar.

Pasaron tres días. Coma y defunción. Sin ninguna otra comunicación.

Siempre se pregunta: ¿murió ya en la pieza, en la incontinencia ¿O en la ambulancia cuando babeaba? O en la terapia dormido cuando casi sonreía?

Nunca supo ni pudo responder en qué momento comenzó su orfandad.

Cuándo dejó de importarle tanto la vida. En qué instante se van los que aún no se fueron del todo. Tiempo después se dispuso a lo ordinario.

Lavó esas sábanas amarilladas, acomodó los objetos que había dejado en desorden y realizó el duelo con su madre.

Recordando eventos de las semanas anteriores descubrió que los que mueren lo saben, y se despiden de muchas maneras sin decirlo antes.

Sí que se había despedido de ella.

Claro. Sencillo, simple, como fue toda su vida.

También así partió. Rápido y sin dolor, como deseaba.

María camina por el departamento vaciado de padre. Recorre objetos tocando lo que no le pertenece a nadie ahora, inútiles objetos todos.

No mira las fotos, las evita porque azuzan sus lágrimas. Olfatea el ambiente, aún lo huele en cada estancia. Los olores tardan en marcharse, mucho. Son molestos, invasivos, dañinos.

Pasa el tiempo y trata de no estar mucho allí. Le disgusta que aún el olor no se vaya.

María va obligada igual. Queda su madre. Pero no es la misma. Nunca lo será.

La acompaña para que no decaiga, que no se entierre allí, que continúe.

Pasan los días y los años. Cada vez va menos. Idiotas los que postean “te fuiste un rato antes”.

Estúpidos del pésame. Huérfana es huérfana. Huérfana de padre. Despojada, mutilada, diezmada. Un rato antes de qué?

María piensa. Antes de ver seis bisnietos fabulosos, de comer el chanco con ananá que hice, de caminar abrazados hasta el mar, de ganarme a la loba, antes de prohibírtelo, de tocarme con esas manazas, antes de tanto y tantas...mucho antes.

Se sacude la cabeza para salir de nuevo y tomar aire.

Entonces se da cuenta que es cierto pero distinto. Los que se van antes son los que quedaron sin. Los abandonados. Los que continúan la vida pero dejaron ese día una parte de ellos, realmente, verdaderamente.

Los que amaron y perdieron. Los que no han muerto pero siguen muriendo. Los que se reconstruyen con pedazos, recortes de recuerdos que no bastan, olores que no desaparecen.

Los que olvidan casi todo para no enfermar. Los que se mienten que hicieron el duelo y esta todo bien. Los que continúan.

“Te fuiste un rato antes”- dice María sin demostración alguna.

Un rato antes de enseñarme el cómo.



Julietta Cao

Necochea – Argentina

julietac1987@gmail.com

El pulso de Rosalía de Castro

En abril de 1979 dejé Argentina. Las gargantas desgarradas de compañeros caían sobre mí con todo el peso de la historia que arrastraba como una estela roja. Me voy, mamá. No llores, por favor. Y me fui. Caminé a casa de mi amigo Marcos luchando contra los perfumes y colores de Buenos Aires que me volvían cómplice de lo que abandonaba. Su valija estaba lista, su cara rígida como tallada en madera y una desesperanza en los ojos que ya era costumbre. Se paró y encendió la radio, haciendo un gesto que me hizo saber que no tenía ningún deseo de escuchar música. La voz de Amancio Prada nos empujó al abismo; colgamos en el aire nuestros ojos estallados y seguimos el pulso de Rosalía, *adiós ríos, adiós fontes, adiós regatos pequeños...* Nos miramos con más densidad que nunca y quebramos la voz en llanto, ya no como adultos exiliados, sino como dos niños que de la noche a la mañana lo pierden todo; grandulones sin madre, guillotizados del mapa, amigos sin territorio que ya no quieren jugar a la muerte.

Escena con gato

La abertura se nubló porque le puse el ojo encima. Para mirar con un solo ojo hay que mover todo el deseo hacia la derecha o hacia la izquierda y elegir un ojo encargado. Yo elegí el izquierdo. Me instalé de rodillas frente a la puerta y esto es lo que vi: medio sillón de color negro lleno de pelos de gato, y un gato dormido. Estar de rodillas mirando a través de una cerradura te llena el cuerpo de tensión. No hace falta suponer formas de cosas que no se pueden nombrar, alcanza con poner las dos rodillas al suelo y pegar el ojo alerta para que sea de noche. Toda la luz que pudiera haber en el territorio propio desaparece y no hay más que lo que se muestra en el escenario miniatura. Hoy hablamos de un sillón negro casi comido por el pelo del gato, gato alumbrado por el sol y sol que le daba en el lomo de costado que yo veía inflarse y desinflarse en un sueño profundo. Llevaba varios minutos en mi posición y me estaba cansando pero no quería cambiar de ojo por miedo a la pérdida de precisión. Algo me picó en la pierna y no tuve más opción que salir y volver. Cinco segundos dediqué al rascado a oscuras y cuando volví a la cerradura me encontré al gato de frente. No sé si era yo lo que él miraba pero seguro que notaba mi ojo dilatado detrás de la puerta. Jamás había visto algo que parpadeara con tal lentitud. Entonces, me vi como quien estudia la propia condición física sin mover un músculo y noté que había cambiado. Mi cuerpo ya no era el agente de una investigación. Con los brazos a los lados del cuerpo y el ojo detenido en un lagrimeo sin emoción, había empezado algo más parecido a un ritual de gato viniéndose encima y bostezándose en la cara. Ambos habíamos cambiado; él fue gato de perfil calentándose al sol y luego fue gato de frente, haciéndonos a los espectadores -visitantes, seres córneos-, los responsables.



Trejo, Laura Carolina

San Martín – Buenos Aires – Argentina

agostinapaz2016@gmail.com

Jaime

Se despierta con el amanecer. En realidad don José lo llama para baldear la escalera en la que duerme.

- ¡Ay!, ya salgo don.

Se levantó sacudió el andrajoso traje que usaba y se fue rumbo a la plaza donde antes dormía.

El día pintaba bien, hacía calor, no estaba nublado. Se tiraría un poco en el pasto.

Dormir lo hacía escapar de la realidad.

Era un mendigo de 45 años que fue echado de la sociedad por viejo.

No sirvieron sus estudios, nada pesó solo fue despedido.

La sociedad lo dejó en la marginado y de apoco se acostumbró a vivir así.

Al llegar a la plaza se encontró con una chica que vomitaba el alcohol bebido en el boliche.

-¿Está bien usted?

-Sí, solo tomé demasiado

-¿Porque toma hija?

-Me gusta.

Él se sentó a su lado.

-Creo que vomitar no le gusta.

-No, odio vomitar.

-Entonces creo que debe sentirse muy sola. Tiene muchos problemas y el alcohol es una salida.

-Es cierto. Todos tienen amigos menos yo. Al tomar les digo que soy igual a ellos.

-Muy mal negocio.

-Si es mal negocio porque después me duele la cabeza.

-¿Y tus papás?

-Ellos están muy ocupados discutiendo como para pensar en mí.

La chica sollozaba. El la calmó dándole golpecitos en la espalda.

-Conmigo te podés desahogarte tranquila. Solo soy un ciruja.

-¡Ay! No aguanto más vivir en mi casa. Todo el día se pelean, gritan y yo no existo. Son unos hijos de puta los dos.

-¿Tenés hermanos?

-No.

-Así que te sentís sola y por eso tomas. ¿Ninguna amiga?

-Sí, con las que salgo.

-No veo a ninguna.

-No, se fueron y me dejaron acá.

-Me parece que no son muy buenas amigas.

-No lo son. Solo salimos juntas.

Él la apoyó sobre su hombro- llorá si querés chiquita.

-Usted es muy bueno. ¿Cómo se llama?

-Jaime. ¿Y vos?

-Micaela.

-Qué lindo nombre.

-Gracias. ¿A usted no le gusta tomar?

-No. Es algo que nunca me gustó.

-Es muy bueno Jaime.

-Gracias.

Micaela lo miró con sus grandes ojos negros. - ¿Qué hace en el día?

-Bueno, después de dormir me vengo acá un rato, luego voy al hospital de niños. Allí muchas madres necesitan apoyo. Hablo con los chicos, hay mucha necesidad de que lo escuchen entre los enfermos. Los médicos se ocupan de sanar sus cuerpos pero no sanan su interior.

-Usted cura sus almas.

-Si prácticamente. También algunas mamás me dan mandados y me dejan el vuelto.

-Es interesante su vida.

-Mi vida no tiene sentido y decidí ayudar a los demás. A mí me dieron de baja, ya no sirvo. Hay gente que todavía me necesita.

-Yo lo necesito.

-Acá estoy chiquita. Siempre que necesites que te oigan vení a esta plaza. Yo siempre ando por acá.

Micaela lo abrazó. Secó sus lágrimas y dijo- me voy ya es tarde.

Andá nena. Yo me voy al hospital. A veces me quedo hablando con el cura.

-Otro día vengo- miró los zapatos andrajosos de él- ¿Cuánto calza? Le traeré zapatillas.

-Calzo 40 pero no tenes que traerme nada. Seré tu amigo gratis.

Ella se fue pensando cuanta gente con esos valores había conocido.

A veces las mejores cosas se encuentran disfrazadas de vulgaridad.

Cuanta gente despreciamos a diario y realmente valen.



Bazán, Ana

Maipú (Mendoza) – Argentina

enc.adele@gmail.com

Álveo

Mi niñez arreboló en el horizonte de tus manos seguras y sin cansancio, venosas y desgarradas por el roce del viento que castiga como milenios, aún ayer conservaban su fineza, ternura que alivió y alisó mi frente arrugada, febril, con los primeros rasgos de la contienda.

¿Supe aquellos días, que mis oídos eran mi tacto? No, ni lo averigüé. Ni quise darme por aludida, del eco de tu voz golpeando mi piel.

¿Advertí que mi boca, era el impulso de mi corazón? No, me traicionó la fuerza de mi nueva sangre enloquecida y adolescente. Sangre que pretendía continuar con la felicidad de existir, de tener y poder hacer todo lo que me propusiera, ya que el tiempo estaba de mi lado.



Mansilla Verónica

Rada Tilly – Chubut – Argentina

quimilhue@hotmail.com

Vidas paralelas

El tiempo se detuvo mientras todo a mi alrededor continuaba su curso, mi tiempo se detuvo en la mirada de aquel que tiene un poco de alegría frente a la realidad que vive, esa mirada tan pura llena de inocencia que solo pide que le digan que lo quieren.

Ese pequeño percibe que vive bajo un mundo que lo discrimina por vivir en la calle sin poder hacer nada, su madre por su parte es condenada en el ojo crítico de un grupo de personas que la desafían a humillarla ante la humillación ajena.

Es allí cuando se siente parte de un sistema que por momentos pareciera que perdió los valores, que se rige por la rutina, siendo esta una conducta aburrida y repetida que lleva a formar un patrón en el cual vamos todos hacia un mismo objetivo, la satisfacción personal. No discuto esa posición pero si el crítico, pensando en aquellos que quedan fuera de ello buscando en bolsas plásticas las sobras de algún soberano y que cuando estos aparecen para formar parte de algo que se consideraría como un momento caritativo, los pobres indigentes se rinden otorgándoles grandeza tal como si se lo merecieran.

Hoy mi reloj y mi rutina se atrasó unos minutos, frente a la mirada de un mundo paralelo que tantas veces ignoramos, que existe y viven una realidad de la que quisieran huir, atados bajo el frío de la soledad por las noches los animales se convierten en sus fieles guardianes y unos cuantos cartoneros los cobijan en su pequeño hogar improvisado bajo el techo de algún edificio. A la mañana siguiente despiertan bajo el primer rayo de sol y comienzan a mendigar, a ciudad se despierta, los motores se empiezan a escuchar y el asfalto que anoche era frío y solitario se comienza a calentar poco a poco, con el paso de las horas sienten impotencia por el rechazo y tantas veces, una palabra nunca mejor acertada, la repugnancia que tantos sienten al verlos.

Hoy como tantos días, detuve mi mirada compartiendo la mirada ajena, mi pie se trasladó y jugó el papel del otro sintiendo una profunda y penosa tristeza que me despertó de esta realidad cuando el pequeño frente al que me encontraba ante su dulce inocencia tomo mi mano, y me agradeció solo por haber compartido unos minutos de mi rutinaria vida.



Susana Solanes

Rosario – Santa Fe – Argentina
solanessusana@hotmail.com

Los cuarenta ratones y el tesoro de Baba Al Alí

Había pasado mucho tiempo desde que los miembros de la banda de Baba Al-Alí, se habían dispersado por Arabia. El jefe había escapado de la policía porque cuando era transportado en un camello a través del desierto, pasó frente a una cueva cualquiera y dijo las famosas palabras:

-¡Ábrete, Sésamo!- Y desapareció dentro de la cueva. Nunca más se supo de Baba Al-Alí, por eso es que cuando Hassan hizo la convocatoria a los treinta y nueve ratones restantes, éstos se vinieron corriendo. El anuncio decía:

El día 22 de este mes a las siete de la tarde, nos reuniremos para deliberar sobre el destino del tesoro de Baba Al-Alí. Los que no pertenecieron a la banda, abstenerse. Lugar de reunión: el boliche del petiso Abdul.

La noche convenida, nadie había faltado a la cita. Los ratones habían venido de los cuatro puntos cardinales del país para deliberar sobre este tema. Entre todos trazaron un mapa aproximado del lugar adonde debería estar la cueva del tesoro. Pero faltaba un dato importante: una nota del juez que considerase a los cuarenta ratones, legítimos herederos de la fortuna de Baba Al-Alí, en ausencia de éste. Y Hassan, la había conseguido.

Se pusieron en camino un poco a pie, otro en camello y otro en tabla de surf, porque era un largo trecho el que tenían que recorrer. Pero cuando llegaron al lugar adonde debería estar la cueva, se encontraron con una ciudad enorme llena de edificios. El restaurante “El rincón de Baba”, el supermercado “La panza de Sésamo”, el shopping “Tesoros ocultos” y así por el estilo. Los ratones estaban desconcertados, hasta que caminando de un lado a otro, se encontraron con un negocio de antigüedades que justamente se llamaba “La cueva de Baba Al-Alí”. Entraron y salió a recibirlos un viejito con turbante al que le preguntaron:

-Queremos saber si usted tiene algún dato del tesoro de Baba Al-Alí.

-Ni sé de qué me hablan. Tengo alfombras voladoras, la lámpara de Aladino y un elefante que baila tangos. Pero de lo que me preguntan, ni noticia.

Los ratones tuvieron que mostrarle la nota del juez.

-¡Ah, bueno, ahora me convencieron! La cueva está junto a mi negocio. En un momento del año, viene el custodio del tesoro. ¡Pero ni se imaginen que la pueden robar!, porque la sala tiene quince códigos de seguridad, rayos láser, cámaras de televisión y campanitas en la puerta de entrada. Además, el custodio está protegido por dos perros salchichas muy feroces. Se los digo para que tengan cuidado.

-A nosotros nada nos atemoriza, ¿y cuándo viene ese señor?- los ratoncitos estaban envalentonados, pero no se esperaban esta misteriosa respuesta. El viejito bajando la voz dijo:

-En la última hora del segundo mes del escorpión dormido y la serpiente encantada

- ¿Y cuándo es eso?- Hassan pensó que todo estaba perdido.

-¡A ver!- el viejito consultó su reloj portátil de arena -Dentro de cinco minutos. Ahora por favor, retírense que voy a cerrar.

Los ratones para nada pensaron en irse. Se quedaron agazapados entre unos arbustos mientras las luces del negocio se apagaban. De pronto, vieron acercarse una sombra por la calle y pararse delante de la cueva. Escucharon correrse la piedra y a pesar de las recomendaciones recibidas, todos entraron de golpe.

-¡Alto ahí! ¡Vinimos por lo que nos pertenece!- gritaron todos al mismo tiempo.

-¡Devuélvanos nuestro tesoro!- dijo Hassan

Asombrados, se encontraron con un viejito que traía una vela encendida y una bolsita de naftalina en la mano y que, sonriente les dijo:

-¡Al fin llegaron! Ustedes deben ser los cuarenta ratones que la historia cuenta como de la Banda de Baba Al-Alí.

-Sí, y más le vale que nos diga pronto dónde está el tesoro- se plantó Hassan con valentía.

-¡Aquí está! Todos los meses le pongo naftalina para que las polillas no se lo coman- Y abrió una caja de zapatos donde estaba arrollado un pergamino.

-¡Ése debe ser el plano del tesoro!- dijeron contentos los ratones al ver que todo había resultado tan fácil.

Hassan desenvolvió el rollo sumamente emocionado, y leyó:

“Queridos amigos: No se imaginan con cuánto cariño les escribo. Quiero que sepan, que siempre los he querido como a mis hijos y por eso, es que he tomado esta decisión. De lo robado no queda nada, porque lo repartí entre los pobres. Por lo tanto mi herencia es ésta: dedíquense a trabajar y a cosechar buenos amigos, porque ése es el verdadero tesoro de la vida. Los abrazo con todo mi corazón. Baba Al-Alí.

Unos aprobaron, otros se enojaron, pero Hassan subiéndose a la caja de zapatos, dijo:

-¡Hermanos, debemos cumplir con el testamento de nuestro jefe! Mañana mismo voy a volver a dar lecciones de yo-yo a las señoras.

Resignados, cada uno fue diciendo la tarea que podía realizar y así se fueron alejando.

En la puerta de la cueva, el viejito se quitó la blanca barba, y mientras se alejaban los ratones, sonreía complacido.



Rotela G., Walter H.

Montevideo – Uruguay

pebuwar2@gmail.com

El sonido del tren en movimiento

Una de las historias más extrañas que me hayan contado la escuché y la viví en el cementerio de trenes de Uyuni. Éste es el nombre de la ciudad capital de la provincia de Antonio Quijarro, en una zona desértica, específicamente del desierto de sal más grande y más alto del mundo. Está ubicado en el sudoeste de Bolivia, a 3663 metros sobre el nivel del mar.

La ciudad está a pasos del salar, sus calles polvorientas son fiel reflejo de lo seco del clima. Cierta zona de la misma, y en medio de la noche se torna siniestra, oscura, y sólo transitada por perros hambrientos que deambulan en busca de comida, entre la basura acumulada en sus esquinas, hasta que el servicio municipal pasa a recogerlas. Es pintoresca en las horas de luz, pero asusta en medio de la noche.

Una tarde que terminaba en un hermoso y rojizo atardecer llegué al cementerio de trenes de la ciudad. Era parte de un contingente de turistas que, cansado tras una agotadora jornada, sufría unos temblores incontrolables, producto de escalofríos. Aclaro que no era el miedo la causa del temblor, pues estaba el lugar con un tono cálido de la arenisca, de las piedras, más el rojo oxidado de las chapas y los hierros de los desvencijados esqueletos de las antiguas máquinas a vapor. Sin embargo, es cierto que no podía contener el temblor, cual vara de junco ante la brisa temblaba.

Miré en derredor y pensé en qué hermosas imágenes podría registrar, en los ángulos, la puesta de sol capturada desde la ventanilla del vagón del conductor, o desde una porción de la estructura del tren debajo de la sala del maquinista, creando el marco para la foto. O quizás ese mismo rojo sol al final de las vías... Sin embargo, lo que no olvidaré de aquella tarde - que se transformó rápidamente en noche - será el claro sonido de un tren acercándose.

Una suave brisa soplaba en aquella tardecita de verano, donde la temperatura pasó de 20 a poco más de diez, en muy poco tiempo. Estas vías aún albergaban a los viejos esqueletos de estos añosos trenes abandonados que dejaron escapar aquí sus últimas bocanadas de vapor. Sí, hasta aquí llegaron por la fuerza que se expandía desde esas calderas y que rápidamente se enfriaron, perdiendo todo el esplendor de sus años dorados. Se extraviaron en la oscura noche del desierto de sal bajo la mirada impávida de las estrellas.

El silencio se apoderó de la zona. Por un instante todo pareció en calma; pero sólo por un instante. Los más jóvenes de la expedición pedían un poco más de tiempo, lo necesario para capturar la última foto, la última imagen con el sol como estrella principal. De repente alguien gritó: shhh ¿escuchan eso? Sin embargo, el silencio fue total. No se oyó absolutamente nada. Nos miramos y miramos, a su vez, al que dio la voz de alerta. Él con la mano señaló que nos quedáramos en silencio. Poco a poco, se percibió, ahora sí, como un murmullo primero, luego casi como un viento, el sonido de un tren en movimiento. Cada segundo pareció eterno. El sonido fue in crescendo. Pero se detuvo en seco. La oscuridad, en ese momento, era total. A cien metros sólo las luces del ómnibus aparecían pálidas, tenues, mortecinas. Aunque eran el único indicio de algo en movimiento, vivo. Todo lo demás aparecía quieto, invariable, definitivamente muerto. Nos acercamos en silencio total hacia aquellas luces conocidas. Subimos al bus sin decir ni a.

Finalmente, la guía del grupo nos contabilizó, uno por uno, que la mirábamos sentados en nuestros asientos. Treinta y uno -dijo. No falta nadie... -aclaró. Nos convocó a todos en un sector del vehículo y nos expuso que aquel sonido que oímos fue escuchado por otros también. Cada tanto – prosiguió – se escucha este sonido tan característico del tren en movimiento. Sin embargo – aseguró – ninguno de estos trenes se mueve, ningún tren llega hoy hasta aquí. Todo está muy alejado. Pero, por algún extraño motivo, a veces, se escucha... Somos – hizo una pausa – afortunados. No entendimos qué quiso decir; pero tampoco le preguntamos.



Astellanos, Susana

Berisso – Argentina

susanaastellanos@hotmail.com

Un mundo

**“Comer carne es muerte”. “No a la tala de bosques”.
“Arrepiéntanse, el juicio final está cerca”.**

Estamos condenados, podremos intentarlo una y otra vez, pero Él ya tiene la fecha exacta bien agendada. Creíamos haber instaurado el utópico paraíso donde corderos y leones dormían juntos. ¡Ja!, qué ilusos y torpes fuimos, nos ahogamos en nuestra propia sangre, nos quemó el incendio que nosotros mismos iniciamos, todo por no reconocer que es imposible ser sin dejar que los demás sean.

Insignia miró a su bisabuelo y volvió a ella ese sentimiento nuevo, el que aún no tenía un nombre en la sociedad, o que temía ser mencionado. Escuchaba al viejo con paciencia, la que le enseñaron que debía profesarle. Se sabía una farsante. Creía quererlo, suponía que esa tibieza centrada en el pecho, que ese ser centenario y decrepito a veces le provocaba, era amor filial. En aquel momento no la sentía, y no le interesaba tratar de recordar cuándo fue la última vez que lo abrigó. En ese instante asomaba una agrura, algo indefinible, quizás lo contrario al umami si eso que experimentaba fuese un sabor, pero no lo era. O sí, un sabor desagradable, una mezcla de asco, resentimiento y temor oprimía el fondo de su garganta.

El viejo había sido un líder, con creencias firmes y poder de convicción en los labios. En épocas de rebeldes él fue extremo. Las masas se encolumnaron tras los derechos de los animales, pero, aunque pareciera increíble, esto se contrapuso a los que bregaban por el equilibrio ecológico. Al principio ambos grupos se habían unido para enfrentar a los que manejaban, desde siempre, la maquinaria social y económica; aquella que arrasaba con los recursos sin remordimiento. Los revolucionarios alzaban la voz por todos los seres vivos inocentes, por aquellos que no podían hablar (quizás no por todos), pero los grupos empezaron a tropezarse, se enredaban entre ellos y toda la sociedad cayó de bruces. Se comenzó a masticar polvo y estéril arena.

Cada uno estaba, estábamos, convencidos de ser mejor que los demás; que hacíamos las cosas del modo correcto para el bien común, siendo compasivos con todos los seres, aunque algunos humanos sean parte del daño colateral. Aún hoy no hemos aprendido y nos seguimos matando, va, ya estamos muertos. No pudimos alcanzar el equilibrio porque a la mayoría no le interesaba, ni a mí. Todos creíamos tener la razón, queríamos tenerla y peleamos, derramamos sangre porque estábamos convencidos de que la facción que ganara enarbolaría la bandera de la razón y se regodearía ante los perdedores y su impotencia. ¡Qué soberbia la nuestra!

La muchacha apretó los dientes, estaba harta de la perorata de ese anciano que era duro, mucho más que sus hijos y nietos que murieron agotados siendo relativamente jóvenes. Sólo ella y... él, quedaban de la familia.

Ya te conté, Insignia, mi primer acto fue tirar piedras contra una pizzería, ¿sabés lo que eran, ¿no?, ¿cómo podían comer eso? Luego vinieron las marchas, las pintadas, los piquetes, los recursos legales y el apoyo de algunos políticos partidistas.

Surgieron aportes financieros, vaya a saber de quién, para ir en contra de las empresas que torturaban y asesinaban animales. Cambiábamos de rumbo y de blanco con cada oleada de dinero que llegaba. Logramos que cerraran muchas fábricas y procesadoras pequeñas, incluso alguna importante; claro que después recibimos los contragolpes de los que querían seguir comiendo embutidos y que sus hijos fuesen vacunados, ¿recordás qué eran las vacunas, no? También murieron muchos de los nuestros en manos de los que se quedaban sin trabajo y querían venganza. Pero lo logramos, por un tiempo.

La joven acarició las cicatrices que alguna enfermedad antigua le había regalado al dejarla con vida, su hermano no tuvo la misma suerte. Cerró los ojos al sentir que se le humedecían. La agrura aumentó y apretó los puños.

Poco a poco los jóvenes herederos, que logramos sumar a nuestras filas, abrieron las tranqueras y dejaron libres a los vacunos, a los cerdos y a los pollos. Claro que los salvajes salieron a cazar. Pero en la misma proporción en que aumentaban los que no soportaban el sufrimiento de los inocentes, crecían los que cazaban a los cazadores. ¡Si podían comer otra cosa, debían hacerlo, por qué no entendían! Había mucho verde en ese entonces. Ellos se defendían bien, muchos de los nuestros también murieron así. La guerra duró dos generaciones, pero eso ya lo sabés.

Los hijos de los brutos comenzaron a aflojar y comieron semillas y frutos, el paraíso estaba ¡tan cerca! Los omnívoros fueron desapareciendo, por resignación o muerte, al menos eso creímos. Los animales se comenzaron a multiplicar, libres. Y los que alguna vez hicieron dinero con los seres de carne y sangre encontraron su negocio sumándose a la explotación agrícola. Todos los poderosos se volcaron a ella. Poco después la cosa se desmadró. Los animales necesitaron más terreno, los depredadores y las presas estaban desequilibrados; se intentó la esterilización masiva, pero no alcanzó, no había recursos. Y el alimento comenzó a escasear. Aunque los salvajes, que nunca desaparecieron, tuvieron qué comer por un tiempo más.

Su mirada se perdió en el patio de la polvorienta propiedad, el vidrio apenas contenía el aire seco que se filtraba por los resquicios. Se apretó el vientre, no se lo diría como no lo hizo la vez anterior, o quizás esta vez sí lo haría. Esa putrefacción de los sentimientos empeoraba con el discurso repetido, que cada vez tenía más sabor a confesión, ¿le estaría pidiendo perdón? Ella supo que la tibieza que su bisabuelo solía inspirarle, y que le agradaba sentir en el alma, ya no volvería.

¡Ay!, niña, que viejo decrepito tenés enfrente. Me queda poco tiempo..., a todos. Me da pena por ti. No lo vimos venir. Ellos sí, pero les ganamos, enarbolamos nuestra bandera y nos burlamos. Los verdes no pudieron con nosotros y contra los salvajes. Gritaban, desde antes, lo de cuidar los recursos, lo de no al desmonte, pero... ¿cómo alimentar a todos? Animales y humanos comiendo cereales, hasta los perros y gatos se alimentaban de fruta ¿dónde cultivar suficiente? Los animales también necesitaban su espacio. Menos selvas, más lluvias, más terrenos anegados lavados de todo nutriente. El mar subió su nivel engulléndonos la tierra. Por el otro flanco los incendios incontrolables, más zonas áridas, agotadas, estériles. Incluso los que seguían ganando fortunas no se dieron cuenta de que estaban muriendo ¿Qué mirás, Insignia? ¿Qué hay en el fondo? ¿Volvieron los cimarrones? ¡Qué ironía!

El escuálido muchacho, fiel, llegó para llevarla y traerla luego. A pesar de todo ella acompañaría a su bisabuelo por el tiempo que este durase, “ojalá sea poco como parece”. El joven había decidido que se quedaría un par de días con ella, por las dudas. Estaba débil y la intervención les volvería a costar una ración importante. Eso no era bueno en estas circunstancias, ya había estado al borde de la muerte, pero no había otra solución. No tenían resto. Él llegó a insinuarle que dejaran de suministrarle al anciano la porción que le correspondía, o darle un poco menos cada día, ya había vivido mucho, era un desperdicio. Pero ella se había negado. Al viejo, que era casi un prócer para sus padres, le veía el rostro a diario y no podría acelerar su muerte. Lo otro, era más fácil.

Insignia, Insignia, a dónde te fuiste... ¡Insignia!



ENSAYO

Carlos Félix Pérez de Villarreal

Mar del Plata – Buenos Aires – Argentina

carlospdev2014@gmail.com

Prólogo a una pregunta

Más de una vez me he preguntado: ¿por qué escribir?

Y dentro de este interrogante, ¿por qué escribir ficción?

Aún no he hallado la respuesta definitiva, porque no hay una sola respuesta.

Si sé que mi intención al redactar, es narrar, contar, relatar, en definitiva, transmitir lo que costó esfuerzo, energía y tal vez atrevimiento, y por sobre todas las cosas, la necesidad imperiosa de decir con palabras escritas aquello que hemos sentido, soñado, o imaginado.

Escribir nos permite abrir las alas de la imaginación y llevarnos lejos.

Volar por lugares y situaciones que jamás pensábamos encontrar.

Expresamos inquietudes, deseos, aspiraciones, fantasías, obsesiones y hasta parte de nuestros recuerdos.

Todo se amalgama, todo se ensambla, para dar a luz un conjunto de emociones, que nos hace sentir que realmente vale la pena.

¡Sí, escribir vale la pena!

Vale la pena porque es un modo de vivir, es una relación que nos permite percibir y experimentar lo que nos rodea.

Abre la puerta a un mundo impensado, desconocido, donde somos el nexo de unión, en este sorprendente viaje hacia la ficción.

Escribir encierra conmovediones, sutilezas, ironía y por sobre todas las cosas... pasión.

Muchas veces tratamos de explicar lo inexplicable.

Nunca tenemos certezas.

El tiempo no es nada, no es medible.

No nos desvivimos por el ayer.

No pretendemos ser el mañana.

Nos hacemos a nosotros mismos, sin límites, porque un segundo es la vida entera.

En un segundo se nace y en un segundo se muere.

Debemos crear, crear y crear para que la magia no se detenga nunca, porque además, disfrutamos la necesidad que nos brinda la escritura: comunicación.

Adentrarse en narraciones abre un universo ilimitado de posibilidades.

Aparecen variados caminos, selvas lujuriosas y desiertos quemantes, librados a la imaginación.

Cada lector deberá leerlas y re-leerlas, para darles su propia interpretación.

Esa es la magia de la escritura, mutarse, transformarse de acuerdo a quien la lee.

La narrativa vocífera, revela, manifiesta, acusa, hace reír, pensar y recapacitar.

Esta tarea requiere esfuerzo, dedicación e intelecto y una habilidad especial: una destreza fantástica donde entran en juego la técnica, la perseverancia y el talento.

En las escasas páginas de un cuento breve, buscamos un arduo equilibrio entre armonía y proporción, entre rapidez para narrar y capacidad para mostrar ese mundo.

No es poca cosa.

No se es escritor por haber elegido narrar ciertos eventos, ni por la forma de escribir, sino por los sentimientos que producimos en el lector cuando nos lee: un recuerdo, una interpretación, una visión.

Escribir es atrapar al lector, despertar en él sus recuerdos, sus alegrías, sus añoranzas, sus éxitos, sus fracasos.

Hacerlo reír, llorar, gozar...

Que se identifique con la escritura, facilitarle el camino de la comprensión de algo que él ni siquiera pensaba.

Tal vez, hasta se haga partícipe necesario de nuestra narrativa... porque cuando cerramos un libro jamás somos los mismos.

Escribir es una experiencia muy personal, es la necesidad de decir lo que uno piensa, lo que uno siente, para que otro comprenda y entienda ese mensaje, escrito con palabras. Es una aventura realmente apasionante, porque no es solo inspiración sino trabajo y organización.

Es escribir y reescribir y volver a escribir.

Y cuando lo hacemos, notamos que nuestra mente no solo piensa en la idea maestra sino que vaga por otras vías, busca otros senderos y nos resulta casi imposible sustraernos a perdernos en esas cavilaciones.

Por eso, escribir es recorrer un camino que raras veces llega a su final, porque puede ser transitado incontables veces con historias interminables.

Es expresar en un papel lo que llevamos dentro, es abrir nuestro corazón y nuestra alma y crear un mundo nuevo.

Es liberarse.

La escritura abre conciencias, cambia actitudes, conductas y nos transporta.

Imaginamos futuros, evocamos sensaciones y vivencias y recordamos situaciones.

Me gusta creer que somos:

Creadores de mundos imaginarios.

Hacedores de cuentos

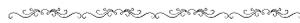
Maceradores de palabras.

Y después de estas disquisiciones, cabe otra pregunta: ¿qué es un libro de ficción? Entiendo que es una puerta de entrada hacia una percepción distinta, que genera una conexión entre el escritor y el lector, el cual se ve sumergido en un universo sorprendente. La imaginación llevada al límite.

Es misterio, persistencia y expresión.

Es recordar y olvidar.
Es conquistar y prescindir.
Son pensamientos, conceptos, imágenes tal vez aún no reveladas.
Son mensajes que parecen verdaderos y pueden ser mentiras consideradas verdades.
Son llamas, furia, ensueño y fascinación.
Nostalgia, meditación, encanto y ardor.
Intriga, miedo, alegría, tristeza.
Ninguna duda que somos lo que hemos vivido, pero creo que también lo que hemos leído.
Ustedes, yo, todos.
Alguien dijo alguna vez, que un libro es indiscutiblemente... una intimidad.
Concuerdo.

La magia de la escritura es abrir la puerta a un mundo impensado, que tal vez nos haga sentir mejor y tal vez, ser mejores
Creo en lo más profundo de mí mismo que la escritura es libertad, eso es todo.



ARTE PLÁSTICO

Manuela Cesaratto

Belle Ville – Argentina

manu_cesaratto@hotmail.es





